

Revista Electrónica de Psicología Política

PERON CONSTRUYO PODER DESTRUYENDO A LAS VANGUARDIAS (1943-1952)

Oswaldo Martin [\[1\]](#)

RESUMEN

En este artículo analizaremos cómo Perón construyó poder, en el período 1943-1952, tanto en lo que hace al control de las estructuras obreras y populares - sindicales y políticas- como en lo referente al control absoluto del Estado, una vez que hubiera sido proclamado electoralmente como presidente de Argentina.

Desde ésta perspectiva de análisis, nos centraremos en la disputa que Perón tendrá con las distintas vanguardias obreras y populares -que se irán sucediendo en el lapso explicitado- por la conducción del movimiento de masas.

PALABRAS CLAVE

Perón, vanguardia, poder, obreros, peronismo

ABSTRACT

In this article we will analyze how Peron constructed the power, in the 1943-1952 period, as much it does to the control of the working and popular structures -union and political- like in the referent to the absolute control of the State, once it had been proclaimed electorally president of Argentina.

From this one perspective of analysis, we will be centered in the dispute that Peron will have with the different working vanguards and popular - that will be following in the specified time- by the mass movement conduction.

KEY WORDS

Perón, vanguard, power, workers, peronismo

Primer capítulo: Perón vs. sindicatos independientes

En 1943, Perón, era un teniente coronel del ejército argentino, institución que se destacaba –al margen de las contradicciones ideológicas que albergaba en su seno– por su formación a imagen y semejanza del modelo prusiano, el mismo que había servido de sustento al nazismo de Hitler. En el caso de Perón, esta orientación se veía complementada con las simpatías que el fascismo le inspiraba, según Félix Luna (1972).

Luego de su viaje a Italia en donde, además de verse fascinado por Mussolini, había adquirido mayor formación militar, a la vez que política, Perón quedaría convencido de que el país se colocaba a las puertas de un cambio de grandes proporciones. Por tal razón se aprestaría a desarrollar su estrategia de poder, sumándose a las filas del GOU (Grupo de Oficiales Unificados) quienes se planteaban el objetivo político de hacer una “revolución” en el país.

En esa época la Argentina seguía siendo un país agroexportador con una burguesía industrial casi inexistente. Las condiciones internacionales empujaban hacia un cambio de modelo inminente y no había una clase dirigente que se postulara para semejante empresa. Es por esta razón que se gesta el golpe de 1943 con la conducción de este mencionado grupo del ejército, sin el apoyo entusiasta de ningún sector poder, pero tampoco sin su obstaculización. (Bologna, 2004)

Una vez en el gobierno, Perón y sus camaradas, desarrollan una dinámica tarea en pos de controlar los sindicatos y ganar influencia en la población. La jefatura de Estado recaería primero en Rawson, luego en Ramirez y, finalmente, en Farrell. Por su parte, Perón, no parecía entusiasmado en los cargos fundamentales del gobierno, cuestión que distaba ampliamente de la realidad. El coronel en realidad, desde 1943, construía poder al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión, secundado por su leal camarada, el coronel Mercante, para lo que luego sería su desembarco triunfal en la presidencia mediante la vía democrática en 1946, afirma el historiador Joel Horowitz (2004)

Como parte de su política en los sindicatos, por esos años (1943-1945), Perón intervendría los principales gremios, cooptaría dirigentes -a título individual- para el trabajo en comisiones dependientes del Estado y sancionaría convenios laborales que dividirían a la conducción sindical y, a la vez, ganaría la simpatía del pueblo trabajador que aumentaba su afluencia a las fábricas periféricas de los grandes centros urbanos.

Perón hacía esto porque entendía, mejor que nadie, lo que había ocurrido en Europa. El le decía a Mercante que, si no encabezaban ellos la revolución desde las alturas, la harían los trabajadores a través de sus organizaciones naturales. Por eso, desde un primer momento, profundizó las diferencias entre las dos CGT existentes y haría todo lo posible para neutralizar y expulsar de la –ahora única– CGT y los sindicatos, a los militantes comunistas y socialistas que hasta el momento tenían gran peso en las cúpulas sindicales. (Horowicz, 1991)

De esta manera, las concesiones a los trabajadores, quedaban dentro del marco de la transformación que se estaba produciendo. En otras palabras, a los terratenientes les convenía porque no era una verdadera revolución industrial que

los desplazara del centro de la escena; a los industriales los beneficiaba porque las medidas de Perón alentaban la formación de un masivo proletariado disponible para ser explotado según las necesidades; y a los trabajadores les resultaba imposible resistirse al shock coyuntural que los colocaba en un lugar impensado para ellos hasta el momento. (Murmis y Portantiero, 2004).

Esta es, entonces, la primera gran victoria de Perón en su lucha por la conquista del máximo poder nacional. No fue contra la oligarquía agroexportadora, que de alguna manera se beneficiaba con esta industrialización superficial que abastecía de productos que ahora –por la guerra mundial- no podían importarse. No fue contra el imperialismo yanqui, representado en la campaña electoral de 1945-46 en la figura del embajador Braden –si bien para el público masivo se la presentaba como la gran batalla nacional- ya que los intereses estadounidenses se veían beneficiados, paulatinamente, con los cambios operados por Perón (relaciones comerciales, préstamos y posteriores tratados y acuerdos favorables al expansionismo regional estadounidense como lo era el denominado “panamericanismo”). (Luna, op. cit.)

Tampoco fue contra la patronal empresarial que comenzaba a desarrollarse, ya que ésta se veía beneficiada por la promoción de las industrias y la política de incremento del consumo interno que el gobierno del GOU alentaba.

Fue, sin embargo, contra las vanguardias y conducciones sindicales proletarias que Perón se enfrentó exitosamente. A los mismos trabajadores que beneficiaba en lo inmediato, los despojaba de su herramienta sindical y, por ende, de su nexo estructural con los programas políticos clasistas que, a partir de ahora, quedarían en manos de quién les diera estas concesiones. (Horowicz, op. cit.)

La historia se encargaría de mostrar, luego con el tiempo, que esas concesiones no eran gratuitas. El proletariado entregaba, a cambio de esos beneficios, lo mejor de su conciencia política, su histórica tradición de independencia sindical y su sustento ideológico de clase.

Segundo capítulo: Perón vs. el Partido Laborista

El 17 de octubre de 1945, Perón, se encargaría de catapultar su liderazgo –a esta altura ya consolidado en la conciencia popular- al ámbito político-electoral. Quedaba atrás el militar nacionalista que gestionaba a favor de los trabajadores; a partir de ahora se mostraría como un líder popular preocupado en instaurar un gobierno civil y democrático que borrara el recuerdo negativo de los fraudes electorales anteriores. Para este fin le convenía aparentar estar enfrentado con el gobierno del cual él provenía. Por ese motivo, ese 17 de octubre, lejos de ser una movilización espontánea a favor de Perón, se nos presenta a la distancia histórica, como una de las etapas finales necesarias en el proyecto de Perón para ganar la presidencia por vía electoral. (Horowicz, op. cit.)

Sin embargo, todo un conjunto de organizaciones sindicales, partidos políticos y estructuras sociales, veían en Perón al referente indiscutido del movimiento que se venía gestando subterráneamente. Porque, si bien el 17 de octubre podía estar calculado por el líder militar y su grupo íntimo de camaradas, el movimiento social en el cual se inspiraba era genuino, y contaba con una fuerza y autonomía que estaba lejos de haber sido concebida por Perón o de haber nacido bajo su liderazgo. (Horowitz, op. cit.)

Entre las más importantes estructuras estaban los radicales del FORJA, algunos sindicatos independientes, sectores del ejército y, la organización más importante de todas: el Partido Laborista que, si bien hacía poco tiempo se había creado, tenía una organización, estatutos y funcionamiento que lo consolidaban como un partido de masas en ascenso. A tal punto era su fortaleza e importancia, que el pensamiento mayoritario en la coalición, era que debía ser este partido quien condujera, en las elecciones, a todo el archipiélago de fuerzas que constituían el movimiento (Chávez, 1993).

El laborismo era no sólo una estructura política organizada, sino también un programa político que tenía antecedentes en Europa y una identidad ideológica bien definida que permitía a todos sus adherentes y organizaciones satélites, atenerse a las consecuencias lógicas de su accionar político, dice Miguel Bonasso (op. cit.)

Sin embargo Perón tenía en claro que esto era imposible para su proyecto de poder. Por más candidato que fuera, si quedaba reducido a las decisiones de un consejo superior y unas normas de funcionamiento partidario, no podría ser el máximo y único estratega de la campaña y del futuro gobierno. Su vocación personalista rechazaba, entonces, una conformación electoral que llevara por nombre el del laborismo. A pesar de las resistencias, Perón se encargaría de que el nuevo partido que le haría de plataforma para las elecciones, estuviera a su entera disposición. De ahora en más habría un único partido y sería el Partido Peronista.^[2] (Dujovne Ortiz, 1996)

Entre los líderes de esta fuerza política que se encolumnaba detrás de Perón, había dirigentes obreros de gran peso, como Cipriano Reyes y Luis Gay, quienes apoyaban a Perón pero no compartían –y resistían- la idea del coronel, de desarticular el Partido Laborista y monopolizar de manera casi monárquica, el poder absoluto dentro del movimiento que ganara las elecciones. (Félix Luna, op. cit.)

En cuanto al resto de las fuerzas de la coalición que lo apoyaban, su destino será a partir de ahora, el estar en confrontación permanente. No tanto por el choque de sus intereses sino por las necesidades políticas de Perón y su particular estilo de exacerbar las diferencias en provecho propio. Conocido es el dicho de Perón preferido para situaciones como éstas: “Me manejo bien en un quilombo”, dice Joseph Page (1984)

Además está el hecho de que, considerar al laborismo como columna vertebral del movimiento triunfante, implicaba otorgar una proporción importante de poder al proletariado; y esto era algo que Perón no se proponía hacer. Argumenta Alejandro Horowicz (op. cit.) que el conductor necesitaba obreros movilizados tras su liderazgo o colmando las urnas de votos, pero nunca organizados políticamente de

manera independiente. Ese era el límite de la transgresión: los trabajadores, como peronistas, podían participar políticamente pero nunca como obreros. [\[3\]](#)

Esto se potenciaría con el arribo efectivo de Perón al poder presidencial. Ahora no se trataba de alejarlo, al Partido Laborista, del centro de la estructura partidaria electoral, sino de eliminarlo como organización al interior del movimiento que Perón encabezaba. No admitía el peronismo otra izquierda que no fuera la que el coronel en persona representara. "El coronel es su propia izquierda y sólo puede admitir que la derecha juegue un partido aparte". (Horowicz, op. cit.)

Perón, finalmente, decretaría que se disolvían todas las organizaciones y partidos que constituían el movimiento que lo habían llevado al poder. A partir de ahora, sólo existiría el "Partido Unico de la Revolución Nacional". Pero sólo por un tiempo, hasta que la denominación "peronista" fuera la que definitivamente se impusiera, en beneficio del personalismo político del conductor. (Luna, op. cit.)

Tercer capítulo: Perón vs. la dirigencia del 17 de octubre

Así como el laborismo; por su estructura, organización, funcionamiento y composición proletaria; representaban para Perón un peligro que debía contrarrestar de inmediato ni bien llegara al poder; lo mismo sucedería con quienes fueran antiguos aliados en el control de los sindicatos y posterior movilización y organización de los trabajadores para la gesta del 17 de octubre.

Para comprender la importancia de esta conducción sindical, atendamos a las palabras de el historiador Joel Horowitz: "Sin la legitimidad y el apoyo organizativo que brindaron los gremios, Perón hubiese sido abandonado al olvido en octubre de 1945 y no hubiese sido elegido presidente al año siguiente. Los trabajadores que no estaban organizados sindicalmente tuvieron menor importancia de la que frecuentemente se les atribuye, en cambio, fueron los gremios establecidos los que brindaron el apoyo esencial", dice Horowitz (op. cit.).

Pero, después del 17, nada sería igual entre Perón y sus aliados. "Algunos dirigentes sindicales como Cipriano Reyes y Luis Gay, que habían tenido un papel importante el 17, empezaban a exigir que la conducción fuera institucional y el movimiento se metiera en el Partido Laborista. Ignoraban que Perón no quería intermediarios entre su liderazgo y 'la masa' y que sería implacable con la disidencia". (Bonasso, op. cit.)

Al terminar el período de elecciones, con el triunfo de Perón, los dirigentes sindicales pretendieron mantener autonomía y desde allí presionar para negociar. Las bases no pensaban lo mismo ya que los logros materiales y políticos que obtenían como clase, los llevaba a apoyar masivamente a su líder en el poder.

A partir de este momento, comenta Horowicz (op. cit.), se daba un importante cambio en la relación de fuerzas de las filas triunfantes. Como ahora, la clase obrera no necesitaba líderes para movilizarse, los jefes del 17 serían marginados. Sólo los exponentes políticos y encolumnados a Perón del sindicalismo, servían a sus fines de conseguir los votos obreros. Estos líderes obreros estarían al frente de la CGT en diferentes momentos y Perón los iría reemplazando hasta ir

encontrando el formato adecuado de conducción que le deparara un control absoluto de las masas obreras y un vertical disciplinamiento y férrea centralización alrededor de su persona. También el gobierno, controlaría a la CGT con la personería y los convenios colectivos de trabajo –como hacía en tiempos del GOU-.

Sin embargo, en los años de 1946 y 1947, el poder de Perón distaba de haberse consolidado. El sector del laborismo liderado por Reyes se negaba a disolverse en el Partido Unico de la Revolución, que precedería al Partido Peronista. Pero Reyes quedaría solo, denunciando y levantando las banderas del viejo laborismo. En estos tiempos, Perón, ya había comenzado a utilizar los servicios políticos que Evita tan eficazmente le prestaba a la hora de sacarse de encima a dirigentes y caudillos molestos.^[4] A ella, si bien los sindicalistas como Reyes la odiaban, los trabajadores empezaban a amarla porque intercedía, a favor de ellos, ante Perón. (Bonasso, op. cit.).

Por su parte y al asumir su mandato presidencial, Perón dijo en su discurso: “El momento de la lucha ha pasado para mi, porque soy y me siento el presidente de todos los argentinos”. También dijo “Quienes quieren oír que oigan; quienes quieren seguir que sigan”. Estaba diciéndoles a sus partidarios que no admitiría modelos alternativos ni liderazgos suplentes. Era la hora del partido único que debería llamarse con el nombre del líder. (Bonasso, op. cit.)

También era la hora de la CGT peronista, la cual funcionaría con un cuerpo colegiado de dirigentes, eliminando así la posibilidad sorpresiva de que aparecieran caudillos y líderes naturales desde las bases. Sabía el general que la estructura sindical, ese lazo orgánico que unía a la dirigencia con la masa proletaria, era una inevitable matriz productora de enemigos y competidores políticos. En gran medida su certeza provenía de conocer en profundidad el proceso que se desplegaba. Perón estaba usurpando el lugar que correspondería a una conducción natural del proletariado: era lógico que de allí provinieran sus principales ataques y las más fuertes iniciativas en contra de la acumulación de poder que él desarrollaba. (Horowicz, op. cit.)

De ser clasista y anticapitalista, la nueva vanguarda obrera organizada, levanta las banderas justicialistas. Perón ofreció a tal fin el Decálogo de los Derechos del Trabajador donde se hacía un replanteo axiológico de las tareas revolucionarias, según él las concebía, y sin ninguna ingerencia de propuestas acordes con la tradición histórica del proletariado, dice Horowicz (op. cit.)^[5]

Con Perón la esfera sindical pasa a estar determinada por la política que le fija un nuevo rumbo. “No sólo había una carrera militar, una carrera profesional, una carrera administrativa, una carrera política, sino que también había una carrera sindical. Los sindicalistas se integraban masiva y abruptamente a la clase política, el peronismo los había captado.”^[6] (Horowicz, op. cit.)

Cuarto capítulo: Perón vs. Mercante y su estructura política

Desde sus primeros pasos políticos en el GOU, Perón había contado con el apoyo de quien fuera su mayor colaborador y principal ejecutor de sus políticas, el teniente coronel Domingo Mercante. En los años 1943-44 y 45, Mercante había sido el nexo entre las organizaciones gremiales y el Estado nacido de la revolución de junio de 1943. Sería nombrado por Perón interventor del gremio ferroviario "La Fraternidad". Desde allí, Mercante, haría conexiones con otros gremios y sus respectivos dirigentes.

Dado que venía de una familia trabajadora –su padre había sido ferroviario- y tenía numerosos vínculos con sectores proletarios, su conocimiento y pericia para manejarse en el ambiente sindical era abundante. Como producto de esto, Mercante, había constituido a su alrededor un equipo de idóneos colaboradores que lo secundaban e intervenían en complicadas negociaciones con el fin de que los gremialistas obtuvieran ciertas concesiones, pero a la vez dejaran al gobierno –y fundamentalmente a Perón- tener mayor ingerencia en la vida cotidiana de esas organizaciones. [7]

Según Dujovne Ortiz (op. cit.) en los días turbulentos que preanunciaban el 17 de octubre, habría sido Mercante el que sacudiera a Perón para que no abandonara su puesto de lucha y no renunciara al momento histórico que se le ponía por delante. Esto, según la autora, no habría sido perdonado nunca por Perón.

Sin embargo, más allá de la anécdota, lo cierto es que Mercante, de ser su fiel camarada y pieza insustituible en su esquema de poder, se había convertido con el tiempo en su principal contrincante dentro del movimiento. Por tal motivo, Perón habría promovido a Mercante como gobernador de Buenos Aires, con el fin de quitárselo de encima, ya que el coronel venía adquiriendo cada vez más prestigio y se entendía perfectamente con muchos de los antiguos aliados de Perón que habían pasado a ser, ahora, sus enemigos. Entre estos anotamos a Reyes, Gay y demás dirigentes sindicales y laboristas de la época del GOU; también a radicales del FORJA desencantados con los primeros pasos de Perón en la presidencia, y a otros dirigentes de diversos sectores del arco político nacional, que hubieran querido tener mayor participación en el gobierno o, al menos, cierto protagonismo en la empresa política que habían protagonizado en sus incios. (Luna, op. cit.)

Desde la gobernación de provincia de Buenos Aires, Mercante, seguiría acumulando poder, no sólo en la esfera provincial –en la que tendría influyentes funcionarios de la talla de Arturo Jauretche- sino también en el ámbito nacional. Su influencia llegaría al Congreso, a través de diputados como, por ejemplo, John W. Cooke y Héctor Cámpora, y hasta el ejecutivo nacional, en donde tenía una alianza política histórica con –nada más y nada menos- que la misma Eva Perón y su círculo de allegados más poderosos (Renzi, Benítez, Juan Duarte, Nicolini, entre otros) y los sindicalistas que ya conducían la CGT "evitista" (Espejo, Santín y Soto). [8] También seguía manteniendo buenas relaciones con sectores del ejército que le respondían desde las épocas del GOU. (Horowitz, op. cit.)

Según Page (op. cit.), su gestión al frente del gobierno bonaerense, sería calificada de excelente por distintos sectores ajenos la política partidaria. Funcionarios, diplomáticos, embajadores y periodistas internacionales, elogiaban su gestión y su liderazgo consensual, más cercano al laborismo que al personalismo político de Perón. También los distintos representantes de la economía (industriales y

ruralistas) manifestaban su beneplácito por cómo se desarrollaba su mandato. (Bonasso, op. cit.)

En diciembre de 1948 se vota para elegir representantes a la Constituyente que tenía por objetivo reformar la Constitución de 1853. Perón, por ese entonces, seguía siendo funcional a las clases dominantes ya que mantenía el equilibrio bonpartista. Justamente, el secreto de la constitución del '49 –la “constitución de Perón” la bautizaría Mercante-, era garantizar la continuidad de ese estado de cosas. Esto también era útil para las aspiraciones de poder del conductor del movimiento. (Horowicz, op. cit.)

Según Fermín Chávez (op. cit.) la reforma de la Constitución también contenía otros puntos polémicos y de gran importancia. El que mayor interés suscitaba era el que declaraba que el Estado era propietario de todos los recursos naturales del país y que no podía entregarlos para su explotación. [\[9\]](#)

Pero el punto que desata la mayor polémica, es el referido a la reelección. Todo esto se da en el mejor momento político de Mercante. Era el número dos en la línea sucesoria de Perón. Al respecto, dice Bonasso (op. cit.), que Perón había salido al cruce de las acusaciones reeleccionistas, manifestandose contrario a la eliminación del artículo 77 que impedía la reelección: “En mi concepto, tal reelección sería un enorme peligro para el futuro político de la República”, diría al círculo de poder más importante del peronismo, entre los que estaban Mercante y Cámpora. Y remataría, usando el condicional, “yo dejaría todo como está”. Los historiadores se dividen en torno a creer este abstencionismo de Perón. Para la mayoría de ellos, el conductor negaba esto para que se creyera exactamente lo contrario. Para los menos, el líder no estaba interesado en su continuidad en el cargo. [\[10\]](#)

Finalmente ocurrirá que Mercante, Cámpora –y con ellos, aparentemente, Evita- habrían creído en las palabras de Perón y lo habrían hecho publicar en los diarios del régimen y en la prensa independiente. Al día siguiente, los burócratas y obsecuentes, que constituían el creciente ala derecha del peronismo, tendrían la excusa servida en bandeja para argumentar ante Perón la actitud “traicionera” y “egoísta” de Mercante que aprovechaba la negativa reeleccionista para sacar partido de la situación. (Dujovne Ortiz, op. cit.)

Esto habría obligado a Evita a tomar distancia del error y, por tal motivo, aparecería poco después arengando y amonestando a los promotores del trascendido. Evita enfurecida les diría: “No tienen que preguntarle a Perón si quiere o no que lo reelijan. Tienen que asegurar que Perón puede ser reelegido”. Le harían caso y la noticia se rectificaba al día siguiente en los principales medios de difusión, ante el desconcierto de Mercante.

La conclusión del autor acerca de lo acontecido en torno a la reforma de la Constitución, y en particular del artículo sobre la reelección, es que en concreto comenzaría, a partir de ahora, a derrumbarse la figura de Mercante, principal competidor de Perón en las próximas elecciones presidenciales. Restaba ahora

quitarle el poder que seguía teniendo en provincia de Buenos Aires (Bonasso, op. cit.)

Si bien Mercante se mantendría en la gobernación bonaerense hasta 1952, su estructura de poder se debilitaría constante e irreversiblemente. Un año antes de su definitivo alejamiento de la política, en 1951, Cárpora sería usado por Perón, al promoverlo como posible candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires, para sacar a Mercante del gobierno. [\[11\]](#)

Finalmente la M de PEM (Perón-Evita-Mercante), también se quedaba afuera del partido, por expulsión, acusado de traidor por la "baba" del régimen -al decir del padre Hernán Benítez-. Por ingenuidad, torpeza o exceso de confianza, había caído en la trampa montada por Perón y ejecutada por los ascendentes Mendé, Méndez San Martín, Aloe, Teiseire y demás burócratas que venían haciendo carrera vertiginosamente en el aparato partidario. (Bonasso, op. cit)

Quinto capítulo: Perón vs. Eva Perón (parte I)

Luego de un período inicial de simbiosis política, en donde Perón utilizaba a Evita como espada de Damocles contra sus enemigos políticos sin hacer distinción entre aliados y adversarios, llegaría el momento en que ella se transformara en Eva Perón y a partir de entonces comenzaría a consolidar un proyecto político propio, independiente de la esfera de poder del general.

Esta metamorfosis se había producido en poco tiempo. Originada por el impacto de algunos hechos importantes -fundamentalmente el desarrollo de la gira europea en el año 1947 [\[12\]](#)-, el rápido aprendizaje político, la constatación de ciertos aspectos de Perón que la intranquilizaban [\[13\]](#) y una serie de alianzas y nuevas relaciones que la habían hecho crecer en todo sentido, habían contribuido a que ahora Evita se propusiera generar un espacio de poder popular que equilibrara, tanto en el partido como en el Estado, el creciente peso que iba adquiriendo la burocracia partidaria en el gobierno, en sus principales instituciones e incluso en las decisiones que comenzaba a tomar Perón a fines de los años '40.

Un hecho que luego revelaría su gran trascendencia sería el encuentro con monseñor Angelo Roncalli en su paso por Francia. Monseñor Roncalli, nuncio apostólico de París (luego Papa Juan XXIII), tendría gran influencia sobre Evita en lo que sería su transformación inminente en Eva Perón. Dice al respecto Alicia Dujovne Ortiz (op. cit.) "Su vida se divide en dos: antes y después de Europa." A

partir de ahora no cambiará más, encontrará una coherencia final, que será además profundamente singular. Sólo la enfermedad logrará modificar el personaje al que representa.

Es importante destacar que, para ese entonces, Perón comenzaba lenta y disimuladamente a acercarse a los Estados Unidos. También propiciaba leyes en el Congreso que no lo limitaran en su alejamiento de las políticas populares, nacionalistas y estatizantes que habían tenido lugar en los primeros años del régimen. Además, su política internacional, por más que se presentara como progresista, no producía en los hechos resultados favorables a los intereses nacionales. (Corbieri, 1988).

Por tal motivo las luchas internas al interior del Partido y el Estado comienzan a hacerse más virulentas y dividirían verticalmente al poder del peronismo entre quienes propugnaban el mantenimiento de los orígenes históricos y aquellos que deseaban políticas más favorables a los capitales privados y los sectores financieros internacionales. (Galasso, 1999)

En ese contexto es que había surgido la anterior disputa entre Perón y Mercante. Ahora Evita estaba llamada a ocupar ese puesto vacante, el lugar N° 2 en el régimen, ya que era vista por muchos partidarios como la indicada para ese prestigioso lugar que estaba a la altura del poder que ella había sabido construir.

Comenta Tomás Eloy Martínez (1995) que, Evita, ahora como Eva Perón para la arena pública y la escena política, comenzaba una tarea eminentemente política. Daría forma a una figura que la exhibiera como más peronista que el mismo Perón. Su vestimenta, el rodete, la medida en su maquillaje, su imagen de permanente entrega a los pobres y humildes en la Fundación o en los distintos lugares que visitaba, y la potencia de su voz guerrera en los discursos, eran su arsenal de combate que le rendirían excelentes resultados y ayudarían a consagrarla como una líder popular del mismo kilaje que su marido. [\[14\]](#)

También se preocuparía por construir poder institucional que se sumaba a las alianzas y redes políticas que tenía con diputados, gobernadores, funcionarios del ejecutivo nacional y otras destacadas figuras políticas. Al respecto nos dice Marysa Navarro (2000), que ella sostenía su poder informal –no ostentaba ningún cargo en la esfera estatal- mediante la Fundación Eva Perón (FEP), su histórica ligazón con la CGT y la creación del Partido Peronista Femenino (PPF) que aspiraba se convirtiera en la estructura política que la catapultara hasta la cima del poder formal, mediante su participación en la arena electoral.

Para tal fin es proclamada por numerosos dirigentes peronistas –pertenecientes a las instituciones mencionadas que cimentaban el poder de Evita- como precandidata a la vicepresidencia, mediante la fórmula Perón-Perón. Esta situación ponía a Perón en un aprieto. Si bien para todo el mundo Evita seguía siendo la mejor “alumna” y primer “delegada” de Perón ante el pueblo y las masas peronistas, la realidad subterránea era totalmente divergente de esto. Ella había construido poder en oposición a Perón y ponerla en ese lugar implicaba –más allá del poder simbólico que implicaba la vicepresidencia- ceder espacios políticos clave en manos de hombres y mujeres de la estructura de poder “evitista”. (Dujovne Ortiz, op. cit.)

Hasta ahora, el peronismo había sido tan flexible como las necesidades de Perón lo requirieran: él necesitaba absoluta libertad táctica para sus fines estratégicos. Todo este edificio de poder empezaba a temblar en la misma proporción con que el poder de Evita se fortalecía. Es por esa razón que Perón quería una relación más equilibrada de fuerzas entre oposición y el partido. Fundamentalmente en el Congreso, donde al asumir Cámpora, todo esto se había potenciado, según Page (op. cit.).

Esto era el fin del bonapartismo como Perón lo entendía, o sea, el fin del personalismo político como modo de ejercer el poder. No sólo era un problema para el conductor sino que lo era para los sectores políticos y económicos que lo apoyaban y dependían de su continuidad para que sus intereses no se vieran afectados. Entre estos contamos a la burocracia partidaria (la “oligarquía de adentro” dirá Evita), los sectores proimperialistas que pululaban cada vez con más impunidad, sectores patronales que veían con buenos ojos el cambio de rumbo político bajo un mismo liderazgo, entre otros sectores que veían con preocupación la nueva configuración del régimen. (Horowicz, op. cit.)

Si bien a principios de 1951 es cuando formalmente se lanza la candidatura a la vicepresidencia de Evita, desde hacía buen tiempo atrás –desde 1948 al menos- ella venía dándole al régimen una nueva tonalidad y característica que lo diferenciaba de los primeros años del gobierno de Perón, en donde el régimen se centralizaba verticalmente en su persona. Con Evita, devenida en Eva Perón, había comenzado la era del doble poder en el régimen, donde había instituciones, estructuras y grupos de personas que respondían a Perón y otras le eran fieles solamente a ella. (Dujovne Ortiz, op. cit.)

Para Bonasso (op. cit.), “Evita, no quería construir un proyecto propio, al margen de Perón, pero por extracción social, por temperamento y por vocación fue tendiendo a sintonizar, reproducir y amplificar las esperanzas y el rencor histórico de los humillados y ofendidos, en un grado insostenible para los factores de poder. Además, su papel de puente entre el gobierno peronista y la base social intensificó

esas predisposiciones de origen y enriqueció –con experiencia y conocimiento- su formidable intuición política”.

Es en el acto del 22 de agosto de 1951, recordado como el día del “renunciamiento”, en donde la situación se definiría en uno de los sentidos posibles. Allí es donde confluyen las fuerzas enfrentadas, el lugar en donde se dirimen las internas exacerbadas. En ese momento también se definiría el destino de sus máximos líderes. En ese acto Evita enfrenta a Perón con su poder. Casi dos millones de personas, instituciones que la proclamaban y un grupo de líderes – arengando a la multitud desde la plaza o empujando a Perón desde el balcón- arremeterían contra la estructura partidaria con el general a la cabeza, con el fin explícito de que Evita sea proclamada compañera de fórmula para las próximas elecciones nacionales. (Martínez, op. cit.)

Pero Perón no se dejó doblegar. Impasible e imperturbable, contempló fríamente el espectáculo que le era adverso y, finalmente, bajó el pulgar a la candidatura de su esposa, mandó a la casa a la multitud y recriminó en voz baja, pero encolerizado, a los organizadores del acto. A partir de ahora Evita comenzaría su retirada de la escena pública y pasaría a formar parte de la mitología política que la consolidaría en un lugar simbólico de un poder aún mayor del que tenía. Lugar que, por otra parte, Perón jamás alcanzaría.

Caía así otra de las expresiones obrero-populares que se enfrentaban a Perón, sus políticas de negación de lo hecho hasta el momento y su ala derecha cada vez más corrompida y parásita que trastocaba a la estructura partidaria y convertía el peronismo en un “gigante fósil” según el decir de John Williams Cooke (Goldar, 1988)

Sexto capítulo: Perón vs. Eva Perón (parte II)

En opinión del padre Benítez el surgimiento de Eva Perón como figura política era correlativo al desmoronamiento del peronismo como estructura de poder popular. Es que para el sacerdote, Perón, fue un mal administrador de la revolución social. “Como no dejó surgir dirigentes naturales, para que nadie le hiciera la menor sombra, el día que faltó, todo se vino abajo”. Su error más importante fue no haber construido un partido fogueado y organizado como sí tenía el comunismo. (Galasso, op. cit.)

Inmediatamente de ocurrido el frustrado cabildo abierto del 22 de agosto, Evita, se retira de su lugar de poder; primero por el renunciamiento forzado y a continuación por el avance de su enfermedad. Mientras, Perón comenzaría una nueva táctica política en función de sus personales objetivos estratégicos. A partir de ahora el nombre y la figura de Eva Perón serían glorificados y elevados hasta prácticamente la santificación. Quienes fueran sus enemigos –y también Perón-, no se cansarán de alabarla y elogiar su Renunciamento –a partir de ahora con “R” mayúscula como sería recordado todo lo que ella hiciera-. Esto contrastaba con la actitud inmediatamente anterior a su caída política, en donde el general evitaba tener que dirigirse a ella o elogiarla en público, mientras Evita lo sepultaba con cataratas de elogios y loas exageradas. (Dujovne Ortiz, op. cit.)

A medida que avanzaba su enfermedad más inofensiva se hacía para Perón, por lo que ahora no tenía problemas en reconocerle todo su valor y “heroísmo”. Pero, mientras hacía esto por un lado, por el otro, destruía y aniquilaba –sutilmente en un principio- las estructuras y organizaciones en que Evita había sustentado su poder.

Con la muerte de Evita, esto que se había manifestado de una manera incipiente, cobraría un carácter más desenfadado e indisimulado. Mientras Perón usaba políticamente los restos de su difunta esposa, poniéndose él mismo como “delegado” de la nueva “Diosa” del peronismo –invirtiendo de esta manera los roles-, a la vez comenzaban las purgas internas y los ataques políticos a los líderes y dirigentes que se le opusieran y más aún si habían sido elementos leales a Evita. [\[15\]](#)

Asume Perón, en 1952, como presidente por segunda vez y ya no es Quijano el vicepresidente –había muerto poco tiempo atrás- sino Teisseire, para pesar de Evita y todos los que se oponían al deterioro del régimen y lamentaban esta designación. Esta era la postal del poder en su máximo nivel: un fiel reflejo de lo que realmente ocurría. La burocracia partidaria había escalado posiciones y para ello había tenido que sacar del medio a los luchadores populares, militantes históricos y compañeros más abnegados. En síntesis, fuerzas centrífugas en el peronismo expulsaban a sus mejores elementos, mientras para los arribistas y oportunistas sucedía exactamente lo contrario.

Entre fines de 1952 y 1953 se darían las expulsiones, acusaciones y desapariciones de quienes fueran pilares del poder de Evita. Mercante, como ya viéramos, sería borrado del mapa político nacional, junto a su estructura política bonaerense. También serían reemplazados los dirigentes de la CGT como Soto y Espejo por una nueva conducción que comenzaba a preanunciar lo que luego sería la monstruosa burocracia sindical. También el Congreso y el gabinete del Ejecutivo sería limpiado de todo rastro abrasivo para la burocracia partidaria. Ni Borlenghi, ni Carrillo quedarían en sus cargos; tampoco Cámpora –reemplazado como presidente de la cámara- ni Cooke –que directamente se abstenía de participar en la listas- tendrían

presencia entre los diputados. Y a esto se suma el asesinato –o muerte inducida en todo caso- de Juan Duarte, recubierto para el público con el manto del “suicidio”. (Dujovne Ortiz, op. cit)

Atrás quedaba la anécdota -de reveladora cualidad política-, en donde una Evita casi agonizante, comunicaba a sus dirigidos cegetistas la futura compra de armas para formar milicias obreras y defender, de esta forma, la revolución peronista y al mismo Perón si fuera necesario, ante el inminente avance militar en colaboración con la “oligarquía” partidaria. También quedaban en el olvido sus últimos mensajes en discursos y libros, en donde una Eva Perón más combativa y más peronista que nunca, llamaba a luchar fanáticamente a sus seguidores para el triunfo inevitable del pueblo contra el “antipueblo” y a defender, con la vida si fuera necesario, a Perón de sus enemigos.

Para muchos, dice Page (op. cit.), “los gestos de Evita simbolizaron una toma de conciencia de clase y el reconocimiento de que la permanencia del movimiento se asentaba no en el precario equilibrio de fuerzas que mantenía el conductor sino en la total identificación del mismo con las necesidades y aspiraciones de los obreros”. Evita intuía que, cuando llegara la hora de la verdad, “ellos y solamente ellos iban a luchar por defender a Perón”.

Por el contrario, Perón, no tenía la más mínima intención de permitir la formación de milicias obreras. “Esa idea estaba totalmente reñida con su visión de la ‘comunidad organizada’”. Al contrario de Evita que reaccionaba apasiodanamente ante esta posibilidad, Perón veía una oportunidad para obtener ventajas políticas a corto y largo plazo. “La enemiga de la oligarquía soy yo, no el General”, le diría a Rosa Calviño. (Dujovne Ortiz, op. cit.)

También sus colaboradores más leales como Renzi y Benítez sufrirían con su muerte. Ellos habían sido pilares de la Fundación Eva Perón y permanentes colaboradores de Perón y el régimen. Ahora constataban apenados el devenir reaccionario del general y el caos político que empezaba a manifestarse, pero que tomaría mayor cuerpo con el correr de los años.

Algunos historiadores sostienen que el personalismo de Perón se agravó con la muerte de Evita, y se acercó cada vez más a su ala derecha, “los babosos”. Este sector se constituyó en una casta burguesa peronista, política y gremial. “Conocido e incurable defecto de Perón fue rodearse siempre de los peores”, dice el padre Hernán Benítez (Galasso, op. cit.)

Sobre el cuerpo de Evita, los años demostrarían que Perón no estaba equivocado al considerarlo un ingrediente emocional de enorme gravitación en la política

argentina. "Sabía que el cadáver de Eva, como el de Cid, podía ganar batallas desde la muerte". (Bonasso, op. cit.)

No quedaría casi nada en pie de lo que Eva Perón construyera. Al poco tiempo de su muerte, ni instituciones, ni organizaciones "evitistas", ni dirigentes en actividad. Todo lo que hubiera hecho en vida se iba con ella. Sin embargo, la potencia de su nombre se incrementaría con el correr del tiempo, como un faro simbólico para las multitudes peronistas que, en años posteriores, sumarían su voluntad transgresora y combativa tras las banderas del peronismo histórico.

Conclusión

Como hemos observado, desde los inicios de su gestión en la Secretaría de Previsión en el gobierno del GOU, Perón, nunca dudó en cuanto a quien era su enemigo más importante en su carrera por el poder total. Ya sea cuando intentaba controlar los sindicatos interviniéndolos, o cuando disolvía el Partido Laborista, o luego con la dirigencia de octubre, siempre el líder militar estuvo enfocado en su objetivo más precioso: destruir el poder de las vanguardias populares para construir, de esta manera, el suyo.

También después de que se hubiera asentado férreamente en el gobierno, a fines de los '40, la guerra política seguiría, aunque ahora al interior del mismo peronismo. Es así como se dan las batallas finales por el poder, primero contra Mercante y sus allegados y luego, en la que sería la contienda más decisiva e importante contra el poder obrero-popular, el enfrentamiento con Evita y su estructura de poder.

Finalmente nos queda una imagen histórica de Perón de esos años, en donde, lejos de aparecércenos como el héroe popular que arremetiera contra los poderes -de afuera y de adentro- beneficiando a los pobres y marginados, se nos presenta como, quizás, el peor Perón; aquél que no dudara en exhibirse como un benefactor popular, un caudillo pro-obrero, mientras que en el fondo, por debajo de la piel de cordero, se escondía el animal rapaz, que era capaz de todo en pos de su estrategia de poder personalístico. Incluso, de entregar la "revolución" peronista en manos de sus más acérrimos detractores.

BIBLIOGRAFIA:

- BOLOGNA, Miguel (2004) "Las fuerzas armadas: de la contrainsurgencia a la globalización"; en www.argenpress.info (informes especiales).
 - BONASSO, Miguel (1997) "El presidente que no fué. Los archivos ocultos del peronismo". Editorial Planeta; Buenos Aires.
 - CHAVEZ, Fermín y otros (1993) "Historia Argentina. Homenaje a José María Rosa". Ed. Oriente S. A., Buenos Aires.
 - CORBIERE, Emilio (1988) "El parlamento como arma" en Revista "Fin de Siglo" (Dossier John William Cooke), enero de 1988; Buenos Aires.
 - DUJOVNE ORTIZ, Alicia (1996) "Eva Perón. La biografía" Ed. Printing Books; Buenos Aires.
 - GALASSO, Norberto (1999) "'Yo fui el confesor de Eva Perón' (Padre Hernán Benítez)"; Homo Sapiens Ediciones, Buenos Aires.
 - GOLDAR, Ernesto (1988) "Una muralla de coherencia" en Revista "Fin de Siglo" (Dossier John William Cooke), enero de 1988; Buenos Aires.
 - GRONDONA, Mariano (2006) "La hoja de ruta para la oposición". La Nación, domingo 21 de mayo de 2006; Buenos Aires.
 - HOROWICZ, Alejandro (1991) "Los cuatro peronismos. Historia de una metamorfosis trágica". Ed. Planeta, Buenos Aires.
 - HOROWITZ, Joel (2004) "Los sindicatos, el Estado y el surgimiento de Perón 1930/1946"; EDUNTREF (Editorial de la Universidad de Tres de Febrero), Buenos Aires.
 - LUNA, Félix (1972) "De Perón a Lanusse – 1943/1973"; Editorial Planeta 2da. edición. Buenos Aires.
 - MARTINEZ, Tomás Eloy (1995). "Santa Evita"; Edit. Punto de lectura (2005), Buenos Aires.
 - MURMIS, Miguel y PORTANTIERO, Juan Carlos (2004) "Estudios sobre los orígenes del peronismo [edición definitiva]"; Siglo XXI, Buenos Aires.
 - NAVARRO, Marysa (2000) "El liderazgo carismático de Evita", en La Aljaba (segunda época); Revistade Estudios de la Mujer. Vol: V. Año: 2000; Buenos Aires.
 - PAGE, Joseph (1984) "Perón, una biografía". Edición: Debolsillo (2005) 1era. Edición, Buenos Aires, Argentina.
-

^[1] Periodista, Egresado de Psicología. E-mail: odmartin@unsl.edu.ar

^[2] Según Horowicz (op. cit.) “El laborismo fue destruido por una insuficiencia doble; era demasiado proletario para soportar una conducción no obrera mucho tiempo, pero era insuficientemente proletario para resistir exitosamente. Por eso, los trabajadores [del sindicato] de la carne tenían quebrada su lealtad entre Cipriano Reyes y Perón (...) La destrucción del laborismo fue, en consecuencia, el primer capítulo de la caída del peronismo.”

^[3] Las Fuerzas Armadas, ahora, dejaban de ser el principal soporte del gobierno; “el gobierno dependía de su capacidad de conquistar y reconquistar apoyo popular, adhesión política; de lo contrario, si era electoralmente derrotado se quebraba: en ese sentido era una ficción bonapartista.” (Horowicz, op. cit.)

^[4] Sobre Cipriano Reyes, distintas investigaciones históricas –citadas por Alicia Dujovne Ortiz–, concluyen en que fue víctima de tortura por parte de la policía de Perón. Igualmente no tiene punto de comparación con la que luego se viviría en Argentina en los años '70.

^[5] Con Perón, asume en la CGT, Silverio Pontieri con el fin de lograr una transición entre la vieja institución y su nuevo formato. Al año siguiente asume como secretario general Luis Gay, que proclamaba la autonomía de la CGT en relación al Estado, quién caerá luego de recibir a una comisión antifascista de la central sindical estadounidense (AFL) que venía a investigar al sindicalismo argentino. Lo sustituiría Aurelio Hernández quien aproximaría la CGT al Estado. Y al poco tiempo éste sería reemplazado por José Espejo, de la Alimentación, para construir una “CGT peronista”, en 1949.

^[6] “El coronel que ascendería a general con acuerdo del Senado adquirió un cuádruple liderazgo: jefe político de la clase obrera, jefe de Estado, jefe político e institucional de las Fuerzas Armadas y jefe de su partido. Y actuaba en su cuádruple carácter, lo que constitucionalmente era posible pero políticamente extraordinario, puesto que conformaba un gobierno de derecho, de consenso y de poder. Es decir, un gobierno parlamentario único, excepcional en cualquier parte del mundo”. (Horowicz, op. cit.)

^[7] Una destacada y recordada colaboradora del coronel Mercante, sería Isabel Ernst. También sería ayudante de Evita, cuando ella trabajara en su Fundación. Según Dujovne Ortiz (op. cit.) Evita habría moldeado su imagen pública como “Eva Perón” en base a las características de esta muchacha que ella admiraba por sus cualidades y belleza. Era tal su protagonismo que, en los días agitados del 17 de octubre, habría sido una pieza clave en su organización y desarrollo.

^[8] Evita, por ese tiempo, avanzaba en su construcción independiente de poder; por tal motivo se procuraba de un grupo de colaboradores leales y capaces. La esposa del coronel, Elena Caporeale de Mercante, sería una de las personas de su confianza que se convertiría, de esta manera, en una líder del Partido Peronista Femenino (PPF). (Dujovne O., op. cit.)

^[9] Este punto había sido promovido por el sector más nacionalista de los diputados oficialistas. Esto a Perón lo complicaba porque quedaba atado a una concepción económica agotada, cuando más necesitaba de disponer de inversiones extranjeras en áreas básicas. (Chávez, op. cit.)

^[10] Entre los primeros encontramos a Mariano Grondona (2006) a quien Perón le revelaría, en un reportaje en Puerta de Hierro, una característica de su manejo político. “Cuando quiera algo, nunca lo proponga. Haga que otros lo propongan, ofreciendo, incluso, cierta resistencia. No demasiada, por supuesto”.

^[11] Incluso Balbín, según diversos testimonios, habría sido mandado a encarcelar un tiempo, por orden del mismo Perón, para que gozara de mayor prestigio ante las capas medias y, de esta manera, equilibrar los tantos con el poderoso Mercante, una vez que se hubiera definido a éste como candidato a la reelección a gobernador por provincia de Buenos Aires. (Page, op. cit.)

^[12] En este viaje ella probaría a los demás y así misma, que estaba a la altura de la gran empresa que empezaba a vislumbrar –la Fundación Eva Perón– y comprendería que para ese fin su carrera política debía dar un salto cualitativo. De esta gira se destacan aspectos importantes, como el haberla llevado a cabo en su totalidad sin mayores contratiempos –a pesar que sobre ella estaban puestas todas las miradas–, el fervor popular que desataba a su paso por los distintos países, y los honores y respetos recibidos por las distintas autoridades y personalidades anfitrionas.

^[13] Evita se mostraba en público cada vez más adúladora y fanática de Perón. La misma exacerbación del elogio despierta sospechas, diría la dirigente peronista Rosa Calviño. Por su parte, Perón, jamás la interrumpía, aunque sea por pudor. Ella lo hacía porque sabía que su punto débil era la vanidad y para calmarle los celos. Esto la preocupaba y le daba miedo. Era cada vez mayor la diferencia entre el amor del pueblo expresado a uno y otro. Y los celos de Perón eran evidentes. (Dujovne O., op. cit.)

^[14] Paco Jamandreu, quien sería su modisto, recordaría que ella quería en esos años 45 que le forjase una doble imagen que correspondiera a su doble identidad: actriz y mujer política. “La hija ilegítima de un estanciero y de una mujer de pueblo, que siempre había soportado pasivamente su doble identidad, se

disponía a representar de manera consciente los dos papeles, tornando activo y positivo lo que sólo había sido hasta entonces un sufrimiento ciego”, escribe Dujovne Ortiz (op. cit.)

^[15] En relación al uso político que Perón daría a la momia de Evita, no se puede saber con certeza si quería ella ser embalsamada. Según Martínez, Evita le habría dicho a su madre que deseaba “que ningún hombre tocara su cuerpo indefenso y desnudo, que ningún hombre hablara de su cuerpo, que nadie en el mundo viera la eternidad de su delgadez y de su decadencia. El primero en violar ese deseo fue Perón, que la hizo embalsamar y la exhibió descaradamente a las masas durante dos semanas”. (Martínez, op. cit.)